

Santos Sanz Villanueva

Diez Novelistas Españoles de Postguerra

7 olvidados y 3 raros

Colección dirigida por Santos Sanz Villanueva



marenostrum

© Santos Sanz Villanueva
© 2010 Mare Nostrum Comunicación, S.A.
Campomanes 4, 28013 Madrid (España)
comercial@marenosttrumco.es

ISBN: 978-84-92548-44-6

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

La presentación y disposición de la obra son propiedad del editor. Reservados todos los derechos para todos los países. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación, fotocopia o cualquier otro, sin la previa autorización escrita por parte de los titulares de los derechos.

*Para Ángela y José Mari
a la sombra de T.S. Eliot:*

*Time present and time past
Are both perhaps present in time future,
And time future contained in time past.
If all time is eternally present
All time is unredeemable.*

Four Quartets, I

PRESENTACIÓN

La historia literaria se constituye mediante la suma de la discreta labor de innumerables escritores que aportan su trabajo, casi siempre de silenciosa repercusión, a esa especie de mar manriqueño adonde van a parar millares de obras. Algunos autores logran resonancia durante un tiempo, alcanzan fama y ostentan alguna especie de poder. Sin embargo, en su inmensa mayoría, pierden la presencia pública incluso en vida y, tras su desaparición, pasan a formar parte de las huestes solitarias que solo logran un circunstancial rescate en las monografías académicas y nada más merecen una breve entrada en los diccionarios especializados, o un apunte en las historias de las letras. Muchos no dejan más huella que el recuerdo de sus afanes recogido en libros de memorias. Ejemplar y desolador es el enorme panteón de fuegos fatuos y de sacrificios estériles que dejó Rafael Cansinos-Asséns en *La novela de un literato*.

Los autores olvidados desaparecen en aras del canon, misteriosa jerarquía que se fija a partir de extrañas e imprevisibles razones o intereses, académicos, mediáticos, de grupos... El canon se forma de manera azarosa y no responde con frecuencia a criterios objetivos u objetivables de calidad. No habrá obra contemporánea a la que puedan objetársele más reparos de todo tipo (constructivos, lingüísticos e incluso relativos a su presunta originalidad en detalle y de conjunto) que a *La familia de Pascual Duarte* y, sin embargo, ocupa un lugar señero en todas las panorámicas de la narrativa de la postguerra. No merece la pena gastar tinta en discutir los criterios que rigen la selección de las obras que fijan el canon de una literatura nacional porque éste funciona en cada época con empecinada solidez, con tanta rutinaria firmeza que resultan inútiles los intentos de revisarlo. Intenso proselitismo lleva haciendo Juan Goytisolo desde hace lustros para modificar la lista de títulos «canónicos» de nuestras letras y ya se saben los magros resultados obtenidos.

Fuera del canon hay poca vida. Los empeños revisionistas son estériles y dejan las cosas como están: ignorancia de obras meritorias, interesantes y significativas; también de aquellas cuya excepcional originalidad las deja fuera de los márgenes de recepción. En cualquier caso, muchos autores merecen el análisis atento porque sus obras aportaron

sustancia a la globalidad literaria de su tiempo. La historia literaria preserva la memoria de unos pocos títulos, pero se hace con la masa oscura de todos los que concurren en un momento dado. La historia de la literatura no es la de las grandes obras, las calificadas como obras maestras. El cemento de la historia literaria fragua con las innumerables aportaciones de la infantería semianónima de las letras. Este libro presta atención, en primer lugar, a unos cuantos nombres poco reconocidos entre los que nutren el largo censo de narradores posteriores a la guerra civil.

A varias razones se debe el que la obra de los autores estudiados en las páginas siguientes haya tenido menos resultado público que la de otros coetáneos, aparte la siempre opinable valoración artística. El lorquino José María Castillo-Navarro fue escritor caudaloso durante un periodo de unos diez años y luego se sumió en el más absoluto silencio. Sus novelas, asentadas en un territorio donde confluyen el documento crítico, la reflexión existencial y la problemática religiosa, se percibieron como textos algo extemporáneos y eso impidió que encontraran un hueco definido en los recuentos de la narrativa de los niños de la guerra. A Antonio Ferres le ha sucedido lo contrario: se le recuerda, pero a propósito de ejemplo nominal de un modo caduco de contar. Ferres carga con el pesado sambenito de novelista del realismo social, aunque, sin negar que en parte lo fue, su obra buscó desde temprano otros horizontes. Con el descrédito de la novela «de la berza», su nombre ha quedado reducido a una mención como representante prototípico de la corriente comprometida, comodín perezoso para liquidar una escritura que, valga lo que valga, desobedece en su mayor parte los dictados de tal doctrina.

El problema medular de la literatura española en el medio siglo de la pasada centuria, el realismo y sus grados e intenciones, es central en la narrativa de Rodrigo Rubio. El autor albacetense lo explicó muy bien: cuando él comenzó, el realismo en nuestras letras era ya un cansancio y a la vez una necesidad. Entre ambas pulsiones se mueve su obra; entre la problemática moral, existencial y religiosa, por una parte, y, por otra, el testimonio dolorido de formas de vida injustas y empobrecidas. Rodrigo Rubio escribió en abundancia hasta sus últimos días, pero dicha disyuntiva le hurtó un papel claro en la narrativa coetánea. Además, para saldar el dilema del realismo, se internó en extrañas búsquedas simbolistas, de manera que el eclecticismo de ayer más los experimentos siguientes han terminado por recluirse en el censo de los olvidados, aunque el haber alcanzado el premio de mayor influencia mediática de España, el Planeta, sirva para su ocasional recuerdo. Haberme interesado en su

momento por Castillo-Navarro y Rodrigo Rubio nada más obedeció a la curiosidad que me habían despertado sus obras, y no a propósito previo alguno. Ya hace tiempo percibí, sin embargo, que subyacía en mi interés una inconsciente y subterránea línea: asediar los comportamientos literarios de los narradores que se habían marginado intencionadamente de las doctrinas objetivistas dominantes en nuestras letras hace medio siglo. Hablo aquí de estos dos escritores periféricos en ese sentido, pero el mismo propósito me ha inducido también a acercarme a otros que comparten semejante rasgo. Por ejemplo, Julián Ayesta o Juan Eduardo Zúñiga, ambos ajenos al objetivismo y a la vez muy distintos entre sí. El planteamiento artístico de estos cuatro narradores y de otros más podría ser razón fundamental de su condición de desplazados, y todos ellos invitan a reflexionar acerca de cómo la historia de la narrativa de postguerra se ha escrito desde la perspectiva del canon técnico abusivamente dominante durante varios lustros.

El murciano Salvador García Aguilar salió a la luz pública avalado por el otro premio de mayor impacto informativo, el Nadal. Sin embargo, el alejamiento de sus fabulaciones históricas del arqueologismo y la sentimentalina habituales en este subgénero durante la etapa en que se ha convertido en producto de moda y de consumo le comunicó con los lectores que buscan el entretenimiento, la evasión o el suspense aventurero. Pasó de la efímera fama al desconocimiento casi absoluto. Apartarse de las expectativas populares del género que cultivó con fervorosa constancia tuvo ese precio.

Razones diferentes explican otros casos de marginalidad. Llama la atención la del llanisco José Ignacio Gracia Noriega por ser dueño de una de las prosas narrativas más felices de la transición. Demasiado encerrado en el localismo de su ingente actividad periodística, recluido en su paradisiaca montaña mágica asturiana y empeinado en ir por libre, ajeno a los círculos literarios y editoriales donde se cuecen famas y prestigios, Gracia Noriega sigue siendo un desconocido, pendiente de que el gran público atento, el puñado de unos pocos miles de lectores que siguen con atención la actualidad, descubra sus libros. A la notoriedad en un campo específico, el de la lingüística y la crítica literaria, se debe el postergamiento como escritor de Alonso Zamora Vicente, inventor, creo, de la expresión ya popularizada «escritor de domingo». Aunque apostó fuerte por la literatura y le consagró muchos más desvelos que los del fin de semana, su renombre como filólogo ha oscurecido su muy peculiar planteamiento literario, una ironía sarcástica, y el original registro coloquial de su prosa.

Una nota más breve que los trabajos anteriores cierra la primera parte de este libro. Se dedica al barcelonés Raúl Ruiz, cuya desmemoria sí tiene una penosa explicación, su fallecimiento en plena juventud y cuando sólo había dado los primeros pasos en la formulación de una narrativa histórico culturalista que tiene en él uno de sus pilares y de la que fue pionero. Mis someros apuntes sobre sus libros pretenden reivindicar este papel y, de paso, invitar a la lectura de un escritor a quien el cruel destino cercenó un futuro que se le presentaba lleno de seguras promesas.

Tampoco entran por lo común en el canon, o quedan fuera de él, los autores que manifiestan extraordinaria originalidad o se escapan de las convenciones de su tiempo. Tres de esos narradores centran la segunda parte de este libro: Rafael Sánchez Ferlosio, Miguel Espinosa y Eugenio Granell. Encabeza este bloque un escritor de nombre conocido, y galardonado con el Premio Cervantes, Rafael Sánchez Ferlosio. Puede parecer paradójico referirse a él como un raro dada su presencia pública, la cierta fama o más bien aureola que lo acompaña y su estatus crítico. En verdad, el conjunto de su personalidad literaria responde a una actitud literaria —y también privada— de rareza o de extrañeza. Se le recuerda como autor de una obra realista y testimonial (aunque él ha dicho que de ninguna manera lo es), *El Jarama*, pero su escritura tiene otras metas más privadas e incluso no poco caprichosas. Lo prueba su persistencia en escribir con dimensiones al parecer oceánicas la crónica de unas míticas guerras barciales y dar de ellas nada más una mínima parte, la correspondiente al príncipe Yarfoz, divulgada por ahora en un solitario libro. A esta rara novela dedico un comentario surgido en la inmediatez de su publicación que viene a corroborar la afición de Sánchez Ferlosio a escaparse de los registros comunes, algo que marca con un sello indeleble la otra obra a la que me refiero, su primera y casi adolescente novela, *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, entusiasta celebración del genuino arte de contar y caso insólito de literatura fantástica e inventiva entre la generación neorrealista a la que el escritor pertenece, y por ello largo tiempo postergada.

Otra línea infrecuente, el antirrealismo de corte barroco y filosófico, define una llamativa rareza, la escritura de Miguel Espinosa. El también marginal narrador y ensayista murciano fue padre de la más ingeniosa y culta alegoría del poder y del más curioso retrato crítico contemporáneo de la clase media, tanto por la belicosidad con que acometió su quijotesco empeño como por la indespistable elaboración de su estilo. Raro lo fue a conciencia, pero no tuvo Espinosa voluntad de marginal; al revés,

pagó un alto precio por salirse de las convenciones, el de no acceder a reconocimientos que nada le habrían disgustado.

Cierra el libro el exilado Eugenio Granell, caso insólito de cultivo perseverante y entusiasta del surrealismo. Seguidor de André Breton, con quien tuvo amistad, aplicó técnicas surrealistas a su pintura, que sí disfruta de considerable estima internacional, y las extendió sobre un género donde resultan bien difíciles, la novela. No buscaba, sin embargo, un ejercicio de estilo ni quería un experimento. Es la técnica en Granell el medio consecuente con su visión del mundo antirracionalista y con su propósito de propugnar la radical libertad del individuo. De este ideario salió la más curiosa y diríamos excéntrica de todas las innumerables ficciones sobre la guerra civil, *La novela del indio Tupinamba*.

Los trabajos recogidos pretenden hacer una siquiera parcial aportación al curso general de la novela española de postguerra. Proporcionan a la gran historia de ese periodo el pequeño caudal de datos e interpretaciones sobre un puñado de autores y títulos orillados o desconocidos. Ayudan a la reconstrucción de esa historia en su amplitud al fijarse, no en sus grandes nombres o en las obras consabidas y esperables, sino en unos cuantos novelistas que, a pesar de su marginación o de su excéntrica, forman parte inexcusable del vario entramado narrativo de este periodo.

Todos los artículos han sido revisados. He corregido estropicios de imprenta y los he aliviado de erratas. He conservado algunas repeticiones, sobre todo de referencias bibliográficas, ineludibles al tratar de obras de una misma época y género; suprimirlas habría supuesto mutilar la exposición. Varios trabajos reaparecen muy modificados o bastante ampliados.

Procedencia de los artículos

1. «José María Castillo-Navarro: novelas y cuentos» engloba los tres artículos siguientes. «La novelística de José María Castillo-Navarro» apareció en *III Ciclo de temas lorquinos*, Alicante, Caja de Ahorros, 1985, pp. 93-128. «Carrusel de pobres gentes», que vio la luz como «Los relatos de Castillo-Navarro» en *Lucanor*, 7, mayo, 1992, pp. 53-70. Y «Castillo-Navarro en la narrativa de su tiempo», pendiente de publicación en las actas del Congreso sobre el escritor murciano celebrado en Lorca en 2008.

2. «El regreso de Antonio Ferres: la imagen completa del escritor», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 700, octubre, 2008, pp. 55-72.

3. «Salvador García Aguilar: lectura de un fabulador moral», en Rubén Castillo Gallego, coord., *El escritor secreto*, Ayuntamiento de Molina de Segura, 2007, pp. 17-45.

4. «La literatura «amplia y civilizada» del escritor Gracia Noriega» apareció con menor detalle como «Aproximación al escritor Gracia Noriega» en *Gracia Noriega escritor*, coord. Luis Palacios, Madrid, Publicaciones de la Universidad de Córdoba y Universidad Rey Juan Carlos, 2009, pp. 74-107.

5. «La encrucijada del realismo en el medio siglo: aproximación a Rodrigo Rubio», *Barcarola*, núm. 73, octubre, 2009, pp. 113-131.

6. «El narrador Zamora Vicente en la narrativa de postguerra», *Con Alonso Zamora Vicente (Actas del Congreso Internacional...)*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, t. I, 2003, pp. 239-250.

7. «Raúl Ruiz. Hacia la novela total» es inédito, pero aprovecha el artículo del mismo título publicado en *Quimera*, 65, 1987, pp. 32-34.

8. «Rafael Sánchez Ferlosio: de la fantasía a la alegoría» reúne «Ferlosio y Alfanhui, o el gusto por contar historias», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 492, junio, 1991, pp. 39-54, y «El regreso de Sánchez Ferlosio», ahora con el título «La vuelta a la ficción de Sánchez Ferlosio», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 453, marzo, 1988, pp. 119-125.

9. «Los mundos de Miguel Espinosa» reúne «El arte de la denuncia o la parábola del poder», nuevo título de «Espinosa y el arte de la denuncia», en Victorino Polo, coord., *Miguel Espinosa. Congreso*, Murcia, Consejería de Cultura y Educación, 1995, pp. 177-209, y «Primera lectura de *La fea burguesía*», *La Página*, núm. 4, octubre 1990-enero 1991, pp. 27-42.

10. «La inventiva de Eugenio Granell: originalidad, humorismo y provocación» sigue y amplía «La inventiva surrealista de Eugenio Granell» en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, t. IV, *Literatura española de los siglos XIX y XX*, Madrid, Castalia, 1994 [pero 1996], pp. 387-403. Antecedentes de este artículo fueron «Eugenio Granell, novelista» en *Eugenio F. Granell* (ed. César Antonio Molina), Ayuntamiento de La Coruña, 1987, pp. 81-84; «El ejercicio libre de la imaginación», en César Antonio Molina, ed., *Eugenio Granell*, A Coruña, Diputación Provincial, 1994, pp. 97-112; «El Indio Tupinamba, visión surrealista de la guerra civil», *Camp de l'arpa*, núm. 100, junio, 1982, pp. 54-55 y «Fantasía y denuncia en Eugenio F. Granell», *Ínsula*, 527, noviembre, 1990, pp. 24-25.

ESTU
DIOS

SIETE NARRADORES OLVIDADOS

ENSA
Y NOS

1

**JOSÉ MARÍA CASTILLO-NAVARRO:
NOVELAS Y CUENTOS**

LA NOVELÍSTICA DE JOSÉ MARÍA CASTILLO-NAVARRO

Mi primer contacto con la obra de José María Castillo-Navarro se saldó con el efecto de una gran sorpresa al descubrir la singularidad de su mundo novelesco, muy poco común en el ámbito de nuestras letras. La curiosidad inicial se vio acrecentada por los resultados de lo que quizás sea deformación profesional: acudí a diversos estudiosos de nuestra narrativa para contrastar mis puntos de vista, para penetrar mejor en una novelística nunca fácil, y descubrí, con sorpresa, lo escasa y superficialmente que había sido analizada. Es más: las referencias a sus obras están plagadas de imprecisiones, inexactitudes y hasta errores. De un crítico a otro varían incluso los datos biográficos¹.

La fecha de nacimiento fue 1925 según José Domingo; «hacia 1925» anotan Eugenio de Nora y Rafael Bosch; en 1927 según Ignacio Soldevila, y en 1930 indican Gonzalo Sobejano, Juan Ignacio Ferreras y Maryse Bertrand. Tampoco hay coincidencia respecto de la localidad donde vino al mundo el escritor, que unos sitúan en Lorca y otros en Murcia. Ramón Jiménez Madrid advierte algunas de estas variaciones y en tono concluyente afirma: «Despejemos la incógnita: Lorca, 1927». Sin

¹ Este fenómeno ya lo advertí en las páginas que le dediqué en *Historia de la novela social española*, Madrid, Alhambra, 1980, p. 633, n. 409. Allí se deslizó un error. Digo que Castillo-Navarro nació en Murcia en 1927 y atribuyo el dato a un artículo de Julio Manegat («Premio Ciudad de Barcelona», *La Estafeta Literaria*, 115, febrero, 1958) que, en realidad, habla de Lorca y de 1930. Los datos anotados a continuación figuran en los libros de José Domingo, *La novela española del siglo XX*, Barcelona, Labor, 1973, p. 144; Eugenio de Nora, *La novela española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1970, t. III, p. 340; Rafael Bosch, *La novela española del siglo XX*, New York, Las Américas, t. II, p. 143; Ignacio Soldevila, *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1980, p. 304; Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española, 2ª ed., 1975, p. 491; Juan Ignacio Ferreras, *Tendencias de la novela española actual*, París, Eds. Hispanoamericanas, 1970, p. 167; Maryse Bertrand, *La guerra civil española en la novela*, Madrid, Ed. José Porrúa, 1982, t. I, p. 167; Ramón Jiménez Madrid, *Novelistas murcianos actuales*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1982, p. 41; Eulalia Martín y Maruja Sastre, *Gente de Lorca*, Madrid, 1982, p. 376. Entre los errores pintorescos, mencionaré el de Ángel Valbuena Prat, quien atribuye a Castillo-Navarro una obra titulada *Caridad, el negro* en su *Historia de la literatura española*, (Barcelona, Gustavo Gili, t. IV, 8.ª ed., 1968, p. 940).

En las citas posteriores de los trabajos indicados señalo sólo el número de página correspondiente entre paréntesis. El mismo criterio sigo en el resto de los trabajos citados después.

embargo, lo rectifica en parte la esposa del propio autor, Maruja Sastre, quien establece la que tengo por definitivamente correcta: Lorca, 1928. El mejor conocedor de la vida, personalidad y obra de Castillo-Navarro, José Luis Molina, añade estas minuciosas precisiones: «Nace en Lorca, en la calle de Redón, nº 16, cercana a la iglesia del Carmen, en una casa hoy desaparecida, el 18 de julio de 1928. Es hijo legítimo de Antonio y Juana, que también tuvieron otros hijos, varón y hembra, siendo José María el segundo de los tres»².

A pesar de dicha marginación, era incuestionable, para mí, el interés de la narrativa de este escritor de muy acusada personalidad y de registros insólitos; un escritor cuya obra se forja por una necesidad comunicativa al margen de convencionalismos artísticos³. La desatención, injustificada, no es por completo casual pues, entre un conjunto de motivos —a los que enseguida me referiré—, uno en especial la explicaría: la dificultad y extrañeza de unas primeras novelas que constituyen un reto al análisis del crítico. Todos, en una u otra ocasión, marginamos los libros espinosos y los que no siguen rumbos convenidos porque es más gratificante hablar de otros menos problemáticos. He de confesar que, ahora mismo, y tras sucesivas lecturas del novelista lorquino, no estoy muy seguro de contar con todas las claves de su amplia producción. Con esto, por otra parte, no me sitúo muy lejos de lo que ya hace años afirmaba uno de los primeros y más lúcidos comentaristas de Castillo-Navarro, Juan Luis Alborg, quien, en efecto, escribía:

² José Luis Molina, «Introducción» a su edición de *El cansado sol de septiembre*, Ayuntamiento de Lorca, 2006, p. XI.

³ Una semblanza del escritor se encuentra *Gente de Lorca*. Pioneras notas de su trayectoria personal contiene el artículo de J. Manegat, quien afirma que «su línea biográfica es ya una pura novela de aventuras vivida por un hombre que es exactamente lo contrario a un aventurero». En efecto, desde joven se ha dedicado a diversos oficios y profesiones. Fue labriego en su tierra natal y durante un año estuvo internado en el Sanatorio de Torremanzanas (Alicante), con grave riesgo de su vida. Allí despertó su vocación literaria, que todavía tardó en cuajar. Emigró a Madrid y allí «trabaja de mozo, de botones, abriendo y cerrando puertas de ascensor» (Manegat). Luego fue a Barcelona, donde se ocupó en un taller de cerámica, en una oficina, descargador de puerto, mozo de fábrica, posteriormente fue corrector de varias editoriales y en 1958 se traslada a París como asesor de las prestigiosas Editions du Seuil. Amplía mucho esta información J.L. Molina (ed. cit.), quien, además, proporciona datos familiares muy importantes por la huella dejada en la obra de Castillo-Navarro.

Estimo que este joven novelista [...] es uno de los casos más tentadores, y más difíciles a un tiempo, de nuestra novela reciente.

Avanzo este concepto de la dificultad de Castillo-Navarro porque, a mi ver, es uno de sus aspectos esenciales. Tengo por seguro que más de un lector, no dedicado a lo literario con especial ahínco, habrá tenido que renunciar a la lectura de los libros de Castillo-Navarro ante la extrañeza recibida de un modo novelesco que, por tantos conceptos, se diferencia y aleja de nuestros caminos más frecuentados⁴.

Insistiré en la relativa ignorancia de Castillo-Navarro en los manuales de novelística contemporánea porque este dato es un hilo que permite hilvanar una primera explicación acerca del escritor. La novela española desde el fin de la guerra ha discurrido de manera generalizada por cauces formales y temáticos fácilmente reducibles a esquemas de utilidad didáctica. En concreto, y por los años en que Castillo-Navarro publica sus primeros libros, se da un predominio aplastante de la literatura testimonial de propósito crítico y social. Es la época en que publican sus primeras novelas el grupo de escritores llamados generación de medio siglo en el que figuran como nombres representativos, entre otros, los hermanos Goytisolo, Antonio Ferres, Jesús López Pacheco, Alfonso Grosso o José Manuel Caballero Bonald. Estos escritores están arropados por una colectiva manera de entender la novela, disfrutan de patrocinadores críticos y políticos, incluso coinciden en unas mismas casas editoras (Seix Barral y Destino, sobre todo)... En fin, su modo de entender el arte literario se alza hegemónico en aquellas fechas y queda muy poco lugar para la recepción no mediatizada de obras artísticas hechas sobre otros presupuestos. Un síntoma de época bien claro lo ofrece Rafael Sánchez Ferlosio, quien, en 1951, ha debido publicar a expensas de su padre su primer libro, *Industrias y andanzas de Alfanhuí*. Este relato imaginativo y fantástico, de innegable vigor estilístico, no obtiene reconocimiento hasta que su autor no logre la fama —merecida, pero eso es otro asunto— gracias a un libro radicalmente distinto, *El Jarama*, publicado media década más tarde.

José María Castillo-Navarro no forma parte del movimiento en el que se inscriben los autores mencionados. Por edad pertenece al mismo grupo generacional y a esta causa se debe la coincidencia en las fechas en que tanto los escritores de medio siglo como el lorquino publican algunas de sus novelas iniciales. A finales de los cincuenta se editan títulos

⁴ Juan Luis Alborg, *Hora actual de la novela española*, II, Madrid, Taurus, 1962, p. 405.

tan característicos como *Fiestas* o *La resaca*, de Juan Goytisolo, *Central eléctrica*, de Jesús López Pacheco, *Donde la ciudad cambia su nombre*, de Francisco Candel, *Nuevas amistades*, de Juan García Hortelano... En esos mismos años, Castillo-Navarro da a conocer *La sal viste luto*, *Con la lengua fuera*, *Las uñas del miedo* o *Manos cruzadas sobre el halda*. La diferencia entre aquéllas y éstas es enorme. Castillo-Navarro no participa de la estética social-realista. Mientras la mayor parte de nuestros novelistas de entonces retratan la explotación del obrero y la comodidad de la gente acaudalada, Castillo-Navarro se enfrenta con un mundo de pasiones violentas, de desgarradores conflictos interiores. Castillo-Navarro no sigue el aire de la moda y, en solitario, practica una narrativa diferente que encaja muy mal en los esquemas novelescos predominantes de la época. Eso ya se sabe que tiene un precio alto, la marginalidad del escritor. Que, dicho sea de paso, es acentuada por la crítica al no poder encajar la pieza singular en un panorama bastante homogéneo y monótono.

La presentación de Castillo-Navarro como novelista se produce en 1957 con *La sal viste luto*⁵. Tuvo una positiva acogida en la pluma de críticos entonces influyentes que se ocuparon de la novela: Antonio Vilanova (en *Destino*), José María Castro Calvo (en *La Vanguardia*), Julio Manegat (en *El Noticiero Universal*), Fernando Gutiérrez (en *La Prensa*, de Barcelona)... En estas críticas se destaca la sorpresa que produce el relato, su poderoso dramatismo y complejidad... Se dice que estamos «ante un escritor y un novelista de cuerpo entero» (Manegat), que es «la más extraordinaria revelación» del año (Vilanova), y se insiste en que el libro, aun con fallos propios de un novel, permite asegurar un futuro lleno de interés. Pronto este porvenir se convirtió en realidad. Entre 1957 y 1959, Castillo-Navarro publica cuatro novelas. Un par de años más tarde, en 1961, aparecen dos más. Y, antes, en 1959, ha dado a conocer un libro de relatos en el que la novela corta que lo inicia y da título, *El niño de la flor en la boca*, es una de las piezas de mayor calidad de toda la postguerra, época en la que, como se sabe, abundaron los buenos autores de relatos cortos.

En un lustro, Castillo-Navarro publica, por tanto, siete libros narrativos. Esto indica no sólo una extraordinaria capacidad de escri-

⁵ Quizás sea este el libro de Castillo-Navarro de más dificultosa comprensión. Por puntualizar lo que señalaba antes, anoto algo que no pasa de una simple sospecha. El relato, a veces, muestra saltos sorprendentes que obstaculizan su entera comprensibilidad, lo cual, pienso, tal vez no sea achacable al autor sino a la intervención de manos ajenas, posiblemente las garras de la censura.

Índice

Presentación	7
------------------------	---

Siete narradores olvidados

1. JOSÉ MARÍA CASTILLO-NAVARRO: NOVELAS Y CUENTOS	15
La novelística de José María Castillo-Navarro	17
Carrusel de pobres gentes	52
La anormalidad narrativa durante el franquismo: contexto de un narrador excéntrico	68
2. EL REGRESO DE ANTONIO FERRES: LA IMAGEN COMPLETA DEL ESCRITOR	81
3. SALVADOR GARCÍA AGUILAR: LECTURA DE UN FABULADOR MORAL	99
4. LA LITERATURA «AMPLIA Y CIVILIZADA» DEL ESCRITOR GRACIA NORIEGA	123
5. LA ENCRUCIJADA DEL REALISMO EN EL MEDIO SIGLO: APROXIMACIÓN A RODRIGO RUBIO	157
6. EL NARRADOR ZAMORA VICENTE EN LA NARRATIVA DE POSTGUERRA	185
7. RAÚL RUIZ. HACIA LA NOVELA TOTAL	203

Tres narradores raros

8. RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO: DE LA FANTASÍA A LA ALEGORÍA . .	215
Ferlosio y Alfanhuí, o el gusto por contar historias	257
La vuelta a la ficción de Sánchez Ferlosio	241
9. LOS MUNDOS DE MIGUEL ESPINOSA	251
El arte de la denuncia o la parábola del poder	253
Primera lectura de La fea burguesía	285
10. LA INVENTIVA DE EUGENIO GRANELL: ORIGINALIDAD, HUMORISMO Y PROVOCACIÓN	303